

tengais cuidado; pronto volveré en mí.» Perdía el conocimiento, pero con una inexplicable impaciencia interior, porque había una cosa que me atraía á este mundo. Tenía también un ansia de acabar lo que yo creía y lo que yo creo aun ser la obra mas correcta de cuantas he hecho. Pagaba el fruto de las fatigas que había sufrido en mi viaje á Levante.

Girodet había dado el último toque á mi retrato; hizolo negro, tal como yo me hallaba entonces; pero le marcó con el sello de su genio. Mr. Denon recibió la obra maestra para presentarla en la exposicion, y como buen cortesano, la colocó en un sitio poco visible. Cuando Bonaparte pasó en revista la galería, dijo despues de haber mirado los cuadros:—«¿Dónde está el retrato de Chateaubriand?» Sabia que debía encontrarle allí; viéronse obligados á sacar el prospecto de su escondrijo. Bonaparte, que había ya abandonado su pasajera generosidad, dijo mirando el retrato:—«Tiene el aire de un conspirador que baja por la chimenea.»

Habiéndome ido cierto día solo á la Vallée, el jardinero me dijo que un caballero grueso había estado á preguntar por mí, y que no habiéndome encontrado, había dicho que quería esperarme; que se había mandado hacer una tortilla, recostándose despues sobre mi cama. Subo, entro en mi cuarto y veo un bulto enorme dormido en mi cama: sacudiendo aquella masa informe, exclamé:—«¿Quién está ahí!» La masa se conmovió, y se incorporó. Tenía la cabeza cubierta con una gorra de pelo, y llevaba una casaca y un pantalon de lana moteado, que parecian de una sola pieza; su rostro estaba salpicado de tabaco, y su lengua asomaba entre sus labios entreabiertos. ¡Era mi primo Moreau! No le había vuelto á ver desde que le dejé en el campo de Thionville. Volvía de Rusia, y pretendía entrar en el servicio. Mi antiguo Cicerone en París fué á morir á Nantes. De este modo desapareció uno de los primeros personajes de mis *Memorias*. Yo deseo que recostado sobre un lecho de *asphodelos* (1), hable aun de mis versos á Mad. de Chastenay, si esta sombra de agradables recuerdos ha bajado á los Campos-Eliseos.

#### LOS MÁRTIRES.

En la primavera de 1809 vieron *Los Mártires* la luz pública: aquel trabajo estaba hecho á conciencia: había consultado con críticos de buen gusto, tales como Mr. de Fontanes, Bertin, Boissonnade, Malte-Brun, y me había sometido á sus observaciones. Cien veces había reformado una misma página. De todos mis escritos este es sin duda alguna el que tiene un lenguaje mas correcto.

No me había equivocado en mi plan; hoy día que mis ideas se han hecho vulgares, nadie puede negar que el combate de dos religiones, la una en su agonía y la otra en su cuna, ofrecen á las musas el campo mas rico, mas fecundo y mas dramático. Creía pues, poder halagar un poco mis esperanzas, y olvidaba el éxito de mi primera obra: en este país no se puede pronosticar sobre dos cosas, por análogas que sean; la una destruye la otra. Si teneis alguna facilidad para escribir en prosa, guardaos de los versos; si os habeis distinguido en las letras, no aspireis á la política: tal es el espíritu francés y tal es su miseria. Los egoismos alarmados, las envidias sorprendidas por el primer laurel de un autor, se coligan, y acechan la segunda publicacion del poeta para tomar un ruidoso desquite:

Todos con la mano en la tinta juran tomar venganza.

Tenia yo que pagar la necia admiracion que había excitado á la aparicion de *El Genio del Cristianismo*;

(1) Planta sagrada en la antigüedad; que se cultivaba al lado de los sepulcros.

(N. del T.)

me era forzoso devolver lo que había robado. ¡Ah, no era menester tomarse tanto trabajo para arrebatarme lo que no creía yo mismo merecer! Si había libertado la Roma cristiana, únicamente pedía una corona obisidional, una guirnalda tejida con las flores cogidas en la ciudad eterna.

¡El ejecutor de justicias, de las vanidades, fue Mr. Hoffmann, á quien Dios tenga en descanso! *El Diario de los Debates* no era libre; sus propietarios no tenían en él poder alguno, y la censura consigna en él mi sentencia. Mr. Hoffmann perdonó no obstante la batalla de los Francos y algunos otros trozos de la obra; pero aunque Cimodocea le pareció linda, era él demasiado buen católico para no indignarse de la union de las verdades del cristianismo con las fábulas de la mitología. Velleda no bastó á salvarme. ¡Me imputaron como un crimen el haber trasformado á la druida germánica de Tácito en Gaula, como si hubiese querido tomar de ella mas que un nombre armonioso! ¡Y hé aquí que los cristianos de Francia, á quien tantos servicios había yo hecho al levantar sus caidos altares, tuvieron á bien escandalizarse neciamente bajo la palabra evangélica de Mr. Hoffmann! El título de *Los Mártires* les había engañado, y esperaban leer un martirologio. El tigre que destrozaba tan solo á una hija de Homero les pareció un sacrilegio.

El martirio positivo del papa Pio VII, que Bonaparte había conducido prisionero á París, no los escandalizaba, pero se sublevaban ante mis ficciones poco cristianas, segun decian. El obispo de Chartres fue quien se encargó de la ejecucion de la sentencia de las horribles impiedades del autor de *El Genio del Cristianismo*. ¡Ay! hoy debe conocer que su celo es reclamado para bien distintos combates.

El señor obispo de Chartres es hermano de mi excelente amigo, Mr. de Clausel, cristiano irrepreensible, y que no se ha dejado arrastrar por una virtud tan sublime como la del crítico su hermano.

Pensé en contestar á la censura como lo había hecho en otro tiempo con respecto á la de *El Genio del Cristianismo*. Montesquieu me alentaba á ello con su defensa del *Espíritu de las leyes*. Y pensé mal. Los autores atacados, aunque digan las mejores cosas del mundo, no excitan mas que la sonrisa de los espíritus imparciales y las burlas de la generalidad. Se colocan en un terreno muy malo; la actitud defensiva es anti-pática al carácter francés. Cuando para responder á las objeciones demostraba que desfigurando algun trozo había atacado algun hermoso resto de la antigüedad, salian por otro lado del apuro, diciendo que *Los Mártires* no eran mas que un *pastiche* (2). Si justificaba la presencia simultánea de dos religiones con la autoridad misma de los padres de la Iglesia, contestaban que en la época en que yo presentaba la accion de *Los Mártires* el paganismo no existia ya entre las personas de talento.

Creí de buena fe que la obra fracasaba; la violencia del ataque había derrocado mi conviccion de autor. Consolábanme algunos amigos diciendo que la proscripcion no se hallaba justificada; que el público tarde ó temprano revocaría aquella sentencia. Mr. de Fontanes especialmente se mantuvo firme; yo no era Racine; pero él podía ser Boileau, y no cesaba de decirme:—«Ellos caerán de su error.» Su persuasion era tan profunda, que le inspiró las bellas estancias:

el Tasso errante de ciudad en ciudad, etc.

sin temor alguno de comprometer su buen gusto y la autoridad de su juicio.

En efecto, *Los Mártires* se han levantado; han obtenido el honor de cuatro ediciones consecutivas; han gozado entre los literatos de un favor enteramente

(2) Palabra francesa tomada de la italiana *pasticcio* (pastiche) y que está tomada en el sentido de una mala copia.

especial; han pasado, en fin, por una obra que demuestra un estudio profundo, algun trabajo de estilo y un gran respeto hacia el lenguaje y el gusto.

La crítica del plan fue abandonada muy pronto. Decir que había yo mezclado lo profano á lo sagrado por haber presentado dos cultos que existían á un tiempo, y que ambos tenían sus creencias, sus altares, sus sacerdotes, sus ceremonias; era decir que debería haber renunciado á la historia. ¿Por quién morían los mártires? Por Jesucristo. ¿Y á quién los inmolvaban? A los dioses del imperio: claro es que había dos cultos.

La cuestion filosófica, á saber: si bajo Diocleciano los romanos y los griegos creían en los dioses de Homero, y si el culto público había sufrido alteraciones: esta cuestion, como poeta, no me incumbía; como historiador, hubiera tenido mucho que hablar.

Ya no se trata de esto. *Los Mártires* han vivido contra todos mis cálculos, y no he tenido que ocuparme de otra cosa que de la revision del texto.

El defecto de *Los Mártires* depende de lo maravilloso *directo* que en el resto de mis preocupaciones clásicas había empleado poco á propósito. Asustado de mis innovaciones, me pareció imposible pasarme sin un *infierno* y sin un *cielo*. Los buenos y los malos ángeles bastaban, sin embargo, al desarrollo de la accion, sin entregarla á máquinas ya gastadas. Si la batalla de los francos, si Velleda, si Gerónimo, Agustín, Eudoro, Cimodocea, si la descripcion de Nápoles y de la Grecia no obtienen el perdón de *Los Mártires*, no son por cierto el *cielo* ni el *infierno* los que lo han de salvar. Uno de los trozos que mas gustaba á Mr. de Fontanes era el siguiente:

«Cimodocea se sentó delante de la ventana de la prision, y reclinando sobre la mano su cabeza embellecida con el velo de los mártires, suspiró estas armoniosas palabras:

—«Ligeros navios de la Ausonia, cruzad el mar tranquilo y brillante; esclavos de Neptuno, abandonad la vela al amante soplo de los vientos y encorvaos sobre el ligero remo. Llevadme bajo el amparo de mi esposo y de mi padre á las dichosas riberas del Pami-so! ¡Volad, aves de la Lybia, cuyo flexible cuello se encorva con tanta gracia; volad hacia la cima del Ito-mo, y contad que la hija de Homero va á volver á ver los laureles de la Mesenia!

» ¡Cuándo volveré á reposar sobre mi lecho de marfil; cuándo hallaré la luz del día, tan querida de los mortales, las praderas esmaltadas de flores que riega su agua purísima, y que el pudor embellece con su soplo!»

*El Genio del Cristianismo* será siempre mi grande obra, porque ha producido ó determinado una revolucion y empezado la nueva era del siglo literario. No sucede lo mismo con *Los Mártires*: llegaban estos despues de la revolucion, y no eran mas que una prueba superabundante de mis doctrinas; mi estilo no era una novedad, y exceptuando el episodio de Velleda y la descripcion de las costumbres de los francos, mi poema se resiente de los lugares que ha *fre-cuentado*: lo clásico domina allí á lo romántico.

En fin, las circunstancias que contribuyeron al buen éxito de *El Genio del Cristianismo* no existían ya; el gobierno, lejos de serme favorable, era enemigo mio. *Los Mártires* proporcionaron una nueva ocasion para perseguirme; las alusiones marcadas en el retrato de Galerio y en la descripcion de la corte de Diocleciano, podían escapar á los ojos de la policia imperial, tanto mas, cuanto que el traductor inglés, que no tenía por qué guardar consideraciones de ninguna especie y á quien era indiferente comprometerme ó no, había hecho notar aquellas alusiones en su prólogo.

La publicacion de *Los Mártires* coincidió con un acontecimiento funesto. Este acontecimiento no desarmó á los aristarcos, gracias á la fiebre que anima á los que se hallan en el poder; conocian que una crítica literaria que tendía á disminuir el interés inspirado por mi nombre no podía menos de agrandar á Bonaparte. Este, como los banqueros millonarios que dan espléndidos convites y hacen pagar los portes de cartas, no descuidaba las pequeñas ganancias.

#### ARMANDO DE CHATEAUBRIAND.

Armando de Chateaubriand, que habeis ya conocido de compañero de mi infancia, que habeis vuelto á encontrar en el ejército de los príncipes con la sorda y muda Libba, se había quedado en Inglaterra. Casado en Jersey, hallábase encargado de la correspondencia de los príncipes. Habiéndose embarcado el día 23 de setiembre de 1808, fue arrojado sobre las costas de la Bretaña el mismo día á las once de la noche cerca de San Casto. La tripulacion del barco se componía de once hombres; dos únicamente eran franceses: Roussel y Quintal.

Armando se dirigió á casa de Mr. Dolanay-Boisé-Lucas, padre, que vivía en la aldea de San Casto, donde en otro tiempo los ingleses habían sido obligados á reembarcarse; su huésped le aconsejó que volviese á ponerse en marcha; pero el barco se había ya hecho á la vela hacia Jersey. Armando, habiéndose entendido con el hijo de Mr. Boisé-Lucas, le entregó los paquetes de que se hallaba encargada por monsieur Enrique Larivière, agente de los príncipes.

«Fuí á la costa el 29 de setiembre, dice en uno de sus interrogatorios, donde permanecí dos noches sin poder divisar mi barco. Siendo la luna demasiado clara, me retiré, y volví el 14 ó el 15 del mes siguiente, permaneciendo allí hasta el 24 del mismo. Pasé inutilmente todas las noches sobre las rocas; mi barco no asomaba por ningun lado; por el día volvía á casa de Mr. Boisé-Lucas. El mismo barco y la misma tripulacion, de la que formaban parte Roussel y Quintal, debían volver á recogerme. Con respecto á las precauciones tomadas con Mr. Boisé-Lucas, padre, no había otras que las que ya he referido.»

El intrépido Armando, habiendo abordado á pocos pasos de su campo paternal, como á la costa inhospitalaria de la Táuride buscaba en vano á la claridad de la luna el barco que le hubiera podido salvar. Habiendo yo en otro tiempo abandonado á Combour para pasar á la India, paseé mis tristes miradas sobre aquellas aguas. Las rocas de San Casto, en que pasaba Armando las noches; el cabo de la Varde, en que yo me hallaba sentado; algunas leguas de mar recorridas por nuestras miradas opuestas, han sido testigos de las desdichas, y han separado los destinos de dos hombres unidos por el nombre y por la sangre. En medio de las mismas aguas fue donde tambien encontré á Gesril por última vez. Me sucedía con mucha frecuencia ver en mis sueños á Gesril y á Armando lavando la herida de sus frentes en el abismo al mismo tiempo que se extienden hasta mis piés las olas enrojadas con que nos entreteníamos en nuestra infancia (1).

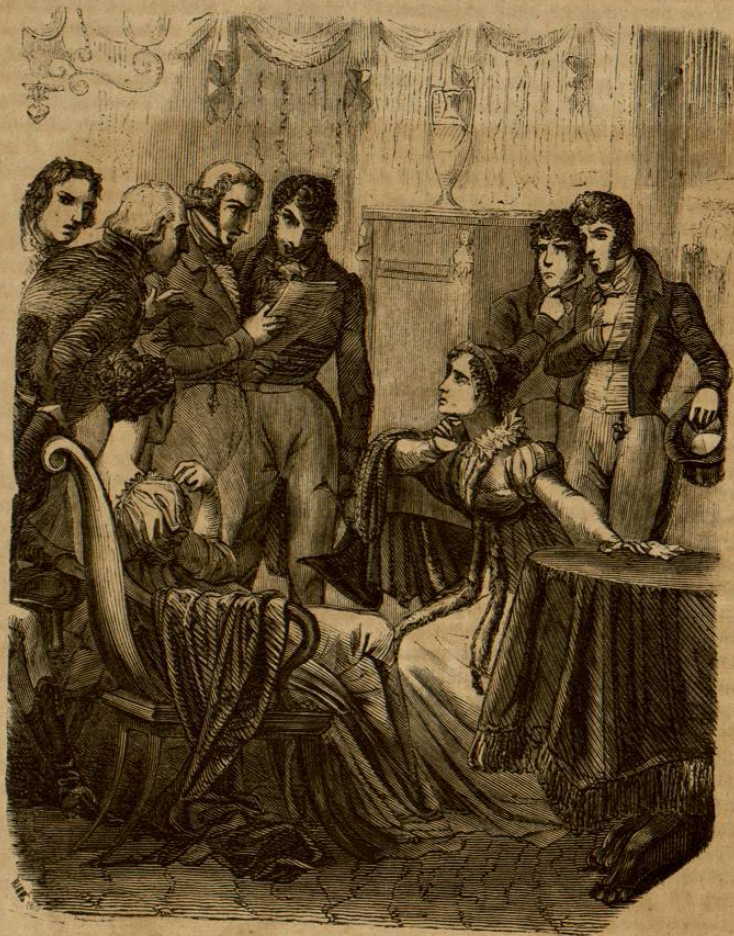
Armando consiguió por fin embarcarse en un barco comprado en Saint-Malo; pero, rechazado por un viento nord-oeste, se vió obligado á detenerse aun. Finalmente, el 6 de enero, ayudado de un marinero llamado Juan Brien, botó al agua un pequeño bote abandonado, y se apoderó de otro bote que flotaba en las aguas. En su interrogatorio del 18 de marzo de

(1) Los originales del proceso de Armando se me han remitido por una mano desconocida y generosa.

cuenta de esta navegacion, que participa de mi estrella y de mis aventuras:

«Desde las nueve de la noche, hora en que partimos, hasta eso de las dos de la madrugada, nos fue favorable el tiempo. Creyendo entonces hallarnos no lejos de las rocas llamadas las *Mainquiens*, echamos anclas, con objeto de esperar la llegada del día; pero habiendo refrescado el viento, y temiendo que arreciase, continuamos nuestro camino. Pocos momentos despues la mar creció mucho, y habiéndose roto nues-

tra aguja de marear con la caída de una verga, perdimos la direccion de nuestra ruta. El primer puerto que pudimos reconocer, el día 7 (serian como las doce del día), fue la costa de Normandía, lo que nos obligó á cambiar de rumbo, y anclamos de nuevo cerca de las rocas llamadas *Ecreho*, situadas entre la costa de Normandía y Jersey. Los vientos contrarios y fuertes nos hicieron permanecer de este modo todo el resto del día 7 y todo el día 8. El 9 por la mañana dije á Depagne que se me figuraba que habia dismi-



LECTURA DE EL ARTICULO DEL MERCURIO.

nido el viento, en atencion á que el barco estaba mas tranquilo, y que indagase de qué lado soplaba. Me dijo que no veía ya las rocas junto á las que habiamos anclado. Entonces juzgué que nos habiamos desviado, habiendo perdido las anclas. La violencia de la tempestad no nos dejaba otro recurso que el de ampararnos á la costa. Como no divisábamos la tierra, ignorábamos á qué distancia de ella nos encontrábamos. En este momento fue cuando arrojé al mar mis papeles, á los que tuve cuidado de atar una piedra. A las nueve de la mañana nos hallamos en la costa de Normandía, en Bretteville-sur-Ay.

«Fuimos recogidos en aquella costa por los aduaneros, que me sacaron casi muerto del barco, y con los brazos y las piernas heladas. Nos depositaron en casa del teniente de la brigada de Bretteville, y dos días

despues, Depagne fue conducido á la cárcel de Coutances, desde cuya época no he vuelto á saber de él. Algunos días despues fui yo tambien llevado á la cárcel de esta ciudad, y al siguiente día conducido por el mariscal del distrito á Saint-Lo, donde permaneci ocho días en la casa del mismo. Fui presentado una vez ante el prefecto del departamento el día 26 de enero, y sali con el capitán y el sargento del distrito de la gendarmería en direccion á Paris, adonde llegué el 28. Me condujeron ante Mr. Denarets, en el ministerio de la Policía General, y de allí á la prision de la Grande-Force.»

Armando tuvo contra sí los vientos, las olas y la policia imperial; Bonaparte se hallaba en convivencia con las tempestades. Los dioses desperdiciaban en

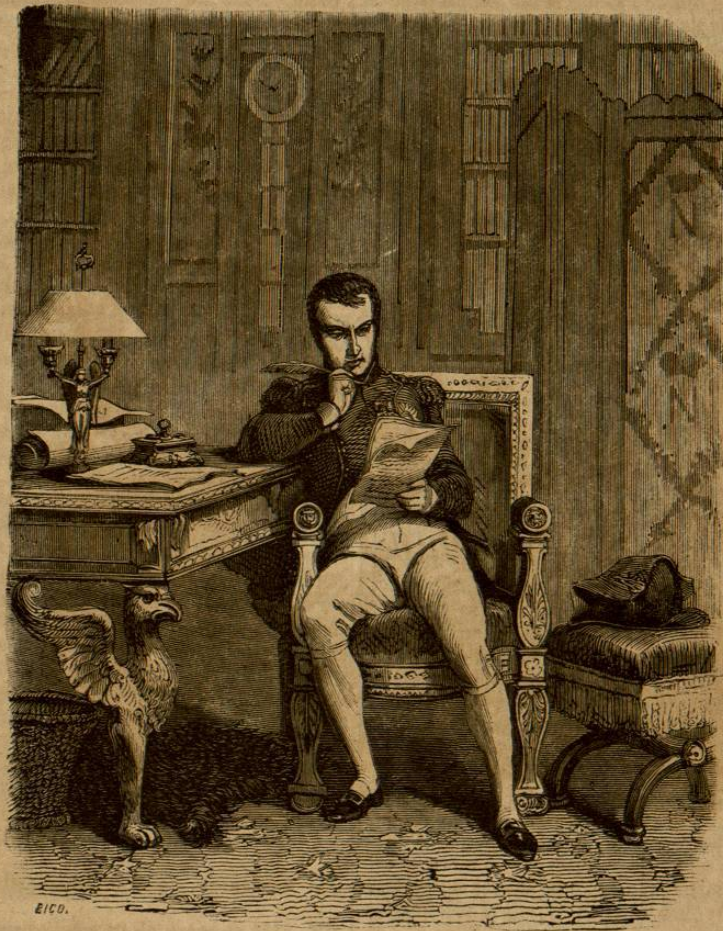
gran manera su cólera para una existencia tan pacífica.

El paquete arrojado á la mar fue devuelto por las olas sobre la playa de Notre-Dame d'Aloué, cerca de Valogner. Los papeles encerrados en este paquete sirvieron de pruebas. Habia treinta y dos. Quintal, vuelto con su barco á la playa de la Bretaña para recoger á Armando, habia por una obstinada fatalidad naufragado tambien en las aguas de Normandía algunos días antes que mi primo. La tripulacion del barco de Quintal habló, y el prefecto de Saint-Lo supo que Mr. de Chateaubriand era el gefe de las empresas del príncipe. Asi que llegó á su noticia que una chalupa, mon-

tada únicamente por dos hombres, habia llegado á tierra, no dudó un solo momento que Armando fuese uno de los dos náufragos, porque todos los pescadores hablaban de él como del hombre mas intrépido en marina que se habia conocido hasta entonces.

El 20 de enero de 1809, el prefecto de la Mancha dió cuenta á la policia general de la prision de Armando. Su comunicacion empezaba de esta manera:

«Mis conjeturas se han realizado enteramente: Chateaubriand está preso, y él fue quien abordó sobre la costa de Breteville, bajo el nombre de John Fall.



CHATEAUBRIAND LEYENDO EL DISCURSO DE RECEPCION EN LA ACADEMIA.

«Temeroso de que á pesar de las órdenes perentorias que habia dado no llegase John Fall á Saint-Lo, encargué al sargento de la gendarmería del distrito, Mauduit, hombre de confianza y de una gran actividad, que buscara al dicho John Fall por todas partes, y que lo trajese á mi presencia, cualquiera que fué el estado en que se hallara. Se encontró en Coutances, en el momento en que se disponian á trasladarlo al hospital para curarle las piernas, que traía heladas.

«Hoy ha comparecido Fall ante mí. Habia de antemano introducido á Leliebre en una habitacion, desde la cual podia ver entrar á John Fall sin ser visto.

Cuando Leliebre le vió subir unos escalones que habia antes de llegar á aquella habitacion, exclamó dando palmadas y cambiando de color:—«¿Es Chateaubriand! ¿Cómo lo han cogido?»

«Leliebre no se hallaba prevenido de nada. Esta exclamacion fue arrancada por la sorpresa. Despues me pidió que no dijera que habia nombrado á Mr. de Chateaubriand, porque le perdia, y he dejado ignorar á John Fall que conocia su verdadero nombre.»

Conducido Armando á Paris y encerrado en la *Force*, sufrió un interrogatorio secreto en la prision militar de la Abadía. Bertrand, capitán de la primera

media brigada de veteranos, había sido nombrado fiscal de la comision militar encargada por decreto de 25 de febrero, de intervenir en el asunto de Armando, por el general Hulin, que era comandante de armas de París.

Las personas comprometidas eran: Mr. de Goyon, enviado á Brest por Armando, y Mr. Boisé-Lucas, hijo, encargado de entregar las cartas de Enrique de Larivière á los señores Laya y Sicard en París.

En una carta del 13 de marzo escrita á Fouché decia Armando: «Que el emperador se digne devolver la libertad á los que gimen en las prisiones, por haberme manifestado su amistad, aunque á mí me suceda lo que quiera. Recomiendo mi desgraciada familia al emperador.»

Esta mala inteligencia de un hombre de entrañas humanas que se dirige á una buena hace daño. Bonaparte no era el leon de Florencia: él no soltaba al hijo por las lágrimas de la madre. Habia yo escrito pidiendo una entrevista á Fouché: me fue concedida, y me aseguró con el aplomo de la ligereza revolucionaria, «que habia visto á Armando, y que no debia pasar cuidado ninguno por él: que moriria bien, y que tenia el aspecto de hombre resuelto.» Si hubiera yo propuesto á Fouché que muriese, ¿usaria para consigo mismo ese tono deliberado y esa soberbia indiferencia?

Me dirigí á Mad. de Remusat, y le rogué entregase á la emperatriz una carta pidiendo justicia ó gracia para el acusado. La señora condesa de Saint-Lieu me refirió en Arenenberg el resultado de mi carta. Josefina la entregó al emperador; pareció como que dudaba al leerla; pero despues, hallando en ella algunas palabras que le desagradaron, arrojó con mal humor la carta al fuego. Olvidábase de que no se podia ser orgulloso sino en causa propia.

Mr. de Goyon, condenado al mismo tiempo que Armando, sufrió su sentencia, sin embargo de haberse interesado por él la baronesa-duquesa de Montmorency, hija de Mad. de Malignon, de las que eran aliados los Goyon. Una Montmorency servil debia haberlo alcanzado todo, si bastase el prostituir un nombre para aliar á un poder nuevo una antigua monarquía. Mad. de Goyon, que no pudo salvar á su marido, salvó al jóven Boisé-Lucas. Todo anduvo desbaratado en esta catástrofe, que se ensañaba con personas desconocidas; hubiérase dicho que se trataba de la caída de un mundo: tempestades en el agua, emboscadas en tierra, Bonaparte, el mar, los asesinatos de Luis XVI y tal vez alguna pasión, alma misteriosa de las catástrofes del mundo. Y todo esto ha pasado casi desapercibido; solo á mí me afectó, y solo vivió en mi memoria. ¿Qué importaban á Napoleón los insectos aplastados por su mano sobre su corona?

El día de la ejecucion quise acompañar á mi camarada sobre su último campo de batalla; no hallé carruaje, y corrí á pié á la llanura de Grenelle. Llegué sudando un instante despues de la ejecucion: Armando acababa de ser fusilado hacia un momento contra las murallas de París. Su cabeza estaba destrozada: el perro de un verdugo lamia su sangre y su cerebro. Acompañé la carreta que conducia el cuerpo de Armando y de sus dos compañeros, plebeyo y noble, Quintal y Goyon, al cementerio de Vaugirad, donde habia acompañado antes á Mr. de Laharpe. Encontré por la última vez á mi primo sin poder reconocerlo; el plomo le habia desfigurado y no se le veia el rostro; no pude apreciar en él el destrozo de los años, ni aun ver la muerte al través de aquel velo sangriento: así es que se conservó jóven en mi memoria y tal como le habia visto en el sitio de Thionville. Fue fusilado el viernes Santo, y el Crucifijo se me aparecia al fin de todas mis desgracias. Cuando me paseo por el bulevar de la llanura de Grenelle

me detengo siempre á mirar la señal del tiro sobre la muralla. Si las balas de Napoleon no hubiesen dejado mas huellas que esta, seguramente no se hablaria de él.

¡Extraño encadenamiento de los destinos! El general Hulin, comandante de armas de París, nombró la comision militar que hizo saltar la tapa de los sesos de Armando: en otro tiempo habia sido nombrado presidente de la comision que fusiló al duque de Enghien. ¿No hubiera debido abstenerse despues de la primera catástrofe de tener parte en ningun consejo de guerra? Y yo he hablado de la muerte del hijo del gran Condé sin recordar al general Hulin, la parte que le habia tocado en la ejecucion del oscuro soldado de mi familia. Para juzgar á los jueces del tribunal de Vincennes habia sin duda á mí vez recibido mi comision del cielo.

Paris 1859.

AÑOS 1811, 1812, 1813 Y 1814.—PUBLICACION DEL ITINERARIO.—CARTA DE BEAUSSET.—MUERTE DE CHENIER.—SOY ADMITIDO MIEMBRO DEL INSTITUTO.—MI DISCURSO.

El año 1811 fue uno de los mas notables en mi carrera literaria.

Pupliqué el *Itinerario de Paris á Jerusalem*, reemplacé á Mr. de Chenier en el Instituto, y empecé á escribir las Memorias que hoy concluyo.

El éxito del *Itinerario* fue tan brillante, como disputado fue el de *Los Mártires*. No hay emborrador de papel, por insignificante que sea, que á la aparicion de su *farrago* no reciba cartas de felicitacion. Entre las nuevas enhorabuenas que llegaron á mis manos, hay una que no me es permitido hacer desaparecer, por ser la carta de un hombre lleno de virtud y de mérito, que ha dado á luz dos obras de reconocida autoridad, y que no dejan nada que decir sobre Bossuet y Fenelon. El obispo de Alais, cardenal de Beausset, es el historiador de estos dos grandes prelados. En mi sentir dice de mí mas de lo que merezco, que esto es una costumbre recibida cuando se escribe á un autor; pero el cardenal hace conocer la opinion general del momento sobre mi *Itinerario*; entrevé, con relacion á Cartago, las objeciones que habian de hacer á mi opinion geográfica; sin embargo, esta opinion ha prevalecido, y vuelvo á su lugar las puertas de Dido. Esta carta es notable por la elegancia de una escogida sociedad, por el estilo grave que le prestaban la cortesania, la religion y las buenas costumbres: excelencia de tono que tan raros son hoy.

Villemoisson, por Loujumeau (Sena-y-Oise)  
25 de marzo de 1811.

«Habeis debido recibir y habreis ciertamente recibido la justa recompensa del reconocimiento y de la satisfaccion pública; pero puedo aseguraros que ninguno de vuestros lectores habrá experimentado un sentimiento mas puro que yo. Sois el primero y el único viajero que no ha necesitado del grabado y del dibujo para presentar á los ojos de sus lectores los lugares y monumentos que traen á la imaginacion los gratos recuerdos y las grandes imágenes. Vuestra alma lo ha sentido todo, vuestra imaginacion lo ha descrito todo, y el lector siente con vuestra alma y ve con vuestros ojos.

«No podria pintaros, sino muy débilmente, la impresion que produjo en mí desde las primeras páginas, recorriendo con vos las costas de la isla de Corcira, y viendo abordar á ellas á todos esos hombres eternos que han conducido á aquel punto destinos muy diversos. Unas cuantas líneas os han bastado para grabar

para siempre las huellas de sus pasos; siempre se las encontrará en vuestro *Itinerario*, que las conservará mas fielmente que los mármoles que no han podido guardar los grandes nombres que les han sido confiados.

«Hoy dia conozco los monumentos de Atenas como se desean conocer. Los habia visto anteriormente en hermosos grabados, los habia admirado, pero nunca los habia sentido. No se tiene bien presente que si los arquitectos tienen necesidad de la descripcion exacta de la medida y de las proporciones, los hombres tienen necesidad de encontrar el alma y el genio que han concebido el pensamiento de estos grandes monumentos.

«Habeis dado á las pirámides la noble y profunda intencion que no habian echado de ver los frívolos declamadores.

«¿Cuántas enhorabuenas os doy por haber entregado á la justa execracion de los siglos ese pueblo estúpido y feroz que causa hace doscientos años la desolacion de los paises mas hermosos de la tierra! No puede uno menos de sonreír con vos con la esperanza de verle volver al desierto de que ha salido.

«Habeis inspirado un pasajero sentimiento de indulgencia hácia los árabes en favor de la semejanza que les habeis dado con los salvajes de la América septentrional.

«La Providencia parece haber os conducido á Jerusalem para asistir á la última representacion de la primera escena del cristianismo. Si no les es concedido á los ojos de los hombres el volver á ver esa tumba, la única que nada tendrá que devolver en el último día, los cristianos la encontrarán siempre en el Evangelio, y las almas contemplativas y sensibles la verán en vuestros cuadros.

«No dejarán los críticos de disputaros los nombres y los hechos con que habeis cubierto las ruinas de Cartago, que no podiais pintar, puesto que no existen. Pero os aconsejo que os limiteis únicamente á preguntarles si ellos mismos no los verian en esas descripciones tan interesantes.

«Teneis el derecho de gozar de un género de gloria que os pertenece exclusivamente por una especie de creacion; pero hay aun un goce mas satisfactorio que ese para un carácter como el vuestro, y es el de haber dado á las creaciones de vuestro genio la nobleza de vuestra alma y la elevacion de vuestros sentimientos. Esto es lo que aseguraba en todo tiempo á vuestro nombre y á vuestra memoria el aprecio, la admiracion y el respeto de todos los amantes de la religion, de la virtud y del honor.

«En este sentido os suplico que os digneis aceptar el homenaje de mis mas sinceros sentimientos.

»† L. F. DE BEAUSSET, ant. ob. de Alais.»

Mr. Chenier murió el día 10 de enero de 1811. Mis amigos tuvieron la fatal idea de animarme á que le reemplazase en el Instituto. Decian que, expuesto como estaba á la animosidad del gefe del gobierno, y á las sospechas y chismes de la policia, me seria muy conveniente pertenecer á un cuerpo muy poderoso entonces por su renombre y por las personas que le componian, y que defendido tras este escudo, podria trabajar con toda tranquilidad.

Tenia yo una invencible repugnancia á ocupar ningun puesto, aun cuando no fuese dependiente del gobierno, pues me acordaba de lo que me habia costado el primero que ocupé. La herencia de Chenier me parecia peligrosa; no podia yo hablar sino exponiéndome; no podia pasar en silencio el regicidio, aun cuando Cambaceres fuese el segundo hombre del Estado; hallábame resuelto á hacer oír mis reclamaciones en favor de la libertad, y de elevar mi voz contra la tiranía; deseaba explicar mis sentimientos sobre los

horrores de 1793, explanar mi dolor por la caída familia de nuestros reyes, y llorar las desgracias de los que les habian permanecido fieles. Mis amigos me dijeron que me equivocaba; que unas cuantas alabanzas al gefe del gobierno, obligado de los discursos académicos, alabanzas de que bajo cierto punto de vista hallaba yo digno á Bonaparte, le haria digerir cuántas verdades quisiera enunciar; que tendria á la vez el honor de haber sostenido mis opiniones y la felicidad de hacer cesar los temores de Mad. de Chateaubriand. A fuerza de insistir me rendí, cansado por la resistencia; pero les dije que hacian mal; que Bonaparte no se dejaria enganar por los lugares comunes sobre su hijo, su mujer y su gloria, y que no por eso sentiria menos la leccion; que reconoceria al dimisionario en la muerte del duque de Enghien, y al autor del artículo que hizo suprimir *El Mercurio*; y que, finalmente, en vez de asegurarme la tranquilidad, daria nuevo impulso á las persecuciones de que era el blanco. Pronto se vieron precisados á reconocer la verdad de mis predicciones; verdad es que no habian podido sospechar la temeridad de mi discurso.

Fuí á hacer las visitas de costumbre á los miembros de la Academia. Mad. de Vintimille me presentó en casa del abate Morellet. Encontrámosle dormido, y con el *Itinerario*, que se les habia escapado de las manos. Despertando sobresaltado al oír mi nombre pronunciado por el criado, levantó la cabeza exclamando:—«¿Esto es un poco difuso, un poco difuso!» Le contesté riendo que lo abreviaria en la nueva edicion. Se portó muy bien, y me prometió su voto á pesar de la *Atala*. Cuando algun tiempo despues salió á luz la *Monarquía con arreglo á la carta*, no podia comprender que tuviese por autor al cantor de la *Hija de las Floridas*. Grocius, ¿no escribió la tragedia de *Adán y Eva*, y Montesquieu el *Templo de Gnido*? Verdad es que yo no era ni Grocius ni Montesquieu.

Llegó por fin el día de la eleccion, y en el escrutinio obtuve una inmensa mayoría: puseme en seguida á trabajar en mi discurso; le hice y le rehice veinte veces, no hallándome nunca satisfecho; tan pronto, deseando hacerle legible, hallábale demasiado fuerte; tan pronto volviendo la cólera á apoderarse de mí, hallábale demasiado débil. No sabia cómo graduar la dosis del elogio académico. Si, á pesar de mi antipatia hácia Napoleon, hubiera querido expresar la admiracion que me causaba la parte pública de su vida, hubiera pasado los límites de la peroracion. Milton, á quien cito en el principio de mi discurso, me proporcionaba un modelo: en su *Segunda defensa* del pueblo inglés hace un pomposo elogio de Cromwell.

«Tú, no solamente has eclipsado las acciones de todos nuestros reyes, dice, sino aun las que nos cuentan de nuestros héroes fabulosos. Reflexiona en la prenda querida que la tierra que te ha dado el ser ha confiado á tu cuidado: la libertad que esperó en otro tiempo de la flor de los talentos y de las virtudes, la espera hoy de tí, y se huelga en obtenerla de tí solo. Haz honor á las ardientes esperanzas que nos animan; honra los deseos de tu patria intranquila; respeta las miradas y las heridas de tus valientes compañeros, que, bajo tus banderas, han combatido heróicamente por la causa de la libertad; respeta las sombras de los que han perecido en el campo de batalla; en fin, respétate á tí mismo; no consentas, despues de haber arrostrado tantos peligros por amar las libertades, que sean violadas por tí mismo ó atacadas por otras manos. Tú no puedes ser verdaderamente libre sino en cuanto nosotros lo seamos. Tal es la naturaleza de las cosas: el que usurpe la libertad pública, es el primero que pierde la suya y que se hace esclavo.»

Johnson ha citado únicamente las alabanzas dadas al protector, á fin de poner en contradiccion al repu-

blicano consigo mismo; el hermoso trozo que acabo de traducir muestra el contrapeso de estas alabanzas. La crítica de Johnson ha quedado en el olvido; la defensa de Milton ha vivido: todo lo que se funda en el espíritu de partido y en las pasiones del momento parece como ellas y con ellas.

Estando ya concluido mi discurso, fui llamado á leerle ante la comision nombrada para oirlo; fue desaprobado por esta comision, exceptuando á dos ó tres miembros de ella. Digno era de ver el temor de los orgullosos republicanos que me escuchaban, y á quien espantaba la independencia de mis opiniones; estremeciéronse de indignacion y de espanto al solo nombre de libertad. Mr. Daru llevó el discurso á Saint-Cloud: Bonaparte dijo que si hubiese sido pronunciado hubiera hecho cerrar las puertas del Instituto, y me hubiera encerrado en un calabozo por el resto de mi vida.

Despues recibí esta carta de Mr. Daru:

Saint-Cloud 28 de abril de 1811.

«Tengo el honor de prevenir á Mr. de Chateaubriand que cuando tenga tiempo y ocasion de venir á Saint-Cloud, podrá devolverle el discurso que ha tenido á bien confiarme. Aprovecho esta ocasion para renovarle la seguridad de la alta consideracion con que tengo el honor de saludarle.

«DARU.»

Fuí á Saint-Cloud. Mr. Daru me devolvió el manuscrito, subrayado aquí y allí, marcado *ab irato* con paréntesis y con rayas de lapiz por Bonaparte; las uñas del leon se clavaban en todas partes, y sentia yo una especie de placer, de irritacion, al sentir las en mis carnes. Mr. Daru no me ocultó la cólera de Napoleon; pero me dijo que, conservando la peroracion, salvo algunas palabras y cambiando casi todo el resto, sería admitido con gran satisfacion de todos. En el palacio habian sacado copia del discurso, suprimiendo algunos trozos, y añadiendo otros. Poco tiempo despues apareció en las provincias impreso de esta manera.

Este discurso es una de las mas relevantes garantías de la independencia de mis opiniones y de la constancia de mis principios. Mr. Suard, hombre libre, y de corazón, decia que si hubiese sido leído en la Academia hubiese hecho desplomarse la bóveda de la sala al estallido de los aplausos. ¿Puede formarse una idea exacta de lo que produciria el apasionado elogio de la libertad en medio del servilismo del imperio?

Conservé el manuscrito corregido, con religioso cuidado; la desgracia hizo que al abandonar la enfermería de María Teresa fuese quemado con una infinidad de papeles. Sin embargo, los lectores de estas *Memorias* no se verán privados de él; uno de mis colegas tuvo la generosidad de sacar una copia, que es la siguiente:

«Cuando Milton publicó *El Paraíso perdido*, ninguna voz se alzó en los tres reinos de la Gran-Bretaña para elogiar una obra que, á pesar de sus numerosos defectos, no deja de ser uno de los mas bellos monumentos del talento humano. El Homero inglés murió olvidado, y sus contemporáneos legaron al porvenir el cuidado de inmortalizar al cantor del *Eden*. ¿Es esta una de las injusticias literarias de que todos los siglos nos ofrecen ejemplos? No, señores; los ingleses, libres apenas de las guerras civiles, no pudieron resolverse á celebrar la memoria de un hombre que se hizo notable por el ardor de sus opiniones en un tiempo de calamidades. ¿Qué reservaremos, decian, en la tumba del ciudadano que se consagra á la salvacion de su país, si prodigamos honores á las cenizas de aquel que puede todo lo mas implorar una generosa indulgencia? La posteridad hará justicia á la memoria de Milton;

pero nosotros debemos una leccion á nuestros hijos: menester es hacerles entender con nuestro silencio que el talento es un don funesto cuando va unido á la pasión, y que mas vale condenarse á la oscuridad que hacerse célebre con las desgracias de su patria.

«¿Imitaré yo, señores, ese memorable ejemplo, ó bien os hablaré de la persona y de las obras de Mr. Chenier? Para conciliar vuestros usos con mis opiniones, creo necesario adoptar un justo medio entre el silencio absoluto y el examen profundo. Pero cualesquiera que sean mis palabras, ninguna hiel emponzoñará este discurso. Si advertís en mí la franqueza de Duclos mi compatriota, espero probaros que tengo tambien su misma lealtad.

«Curioso hubiera sido de ver, sin duda, lo que un hombre de mis ideas y en mi posicion podria decir de la persona cuyo lugar ocupo hoy dia. Seria muy interesante examinar la influencia de las revoluciones sobre las letras, demostrar cómo los sistemas pueden extraviar el talento y arrastrarlo á sendas engañosas que parecen conducir á la gloria, y que no desembocan sino en el olvido. Si Milton, á pesar de sus extravios políticos, ha dejado obras que admiran á la posteridad, es porque Milton, sin haber abjurado sus errores, se retiró de una sociedad que se apartaba de él para buscar en la religion el alivio de sus males y el manantial de su gloria. Privado de la luz del cielo, se creó una nueva tierra, un nuevo sol, y salió, por decirlo así, de un mundo en que no habia visto mas que desgracias y crímenes; colocó en las cunas del *Eden* la inocencia primitiva, la santa felicidad que reinaron bajo las tiendas de Jacob y de Raquel, y puso en el infierno los tormentos, las pasiones y los remordimientos de los hombres, de cuyas iras habia participado.

«Desgraciadamente para las obras de Mr. Chenier, aunque en ellas se descubre el germen de un notable talento, no brillan ni por aquella antigua sencillez, ni por aquella sublime magestad. El autor se distingue por un talento eminentemente clásico. Nadie mejor que él conocia los principios de la literatura antigua, y moderna; teatro, elocuencia, historia, crítica, sátira, todo lo ha abarcado; pero sus escritos llevan el sello de los desastrosos dias que los han visto nacer. Muy frecuentemente dictados por el espíritu de partido, han sido aplaudidos por las facciones. ¿Separaré en los trabajos de mi predecesor lo que ha pasado ya como nuestras discordias y lo que vivirá como nuestra gloria? Aquí se hallan confundidos los intereses de la sociedad y los de la literatura. No puedo olvidar suficientemente los unos para ocuparme únicamente de los otros; así, pues, señores, me veo en la necesidad de callarme ó de entrar en cuestiones políticas.

«Personas hay que quisieran hacer de la literatura una cosa abstracta y aislarla de las cosas humanas. Estas me dirán: «¿Por qué guardais silencio? No consideréis las obras de Mr. Chenier sino bajo el punto de vista literario. ¿Es decir, señores, que es preciso que abuse de vuestra paciencia y de la mía para repetir vulgaridades que se hallan en todas partes y que conocéis mejor que yo? Tiempos diversos exigen diversas costumbres; herederos de una larga sucesion de años de tranquilidad, nuestros antecesores podian entregarse á discusiones puramente académicas, que probaban aun mas su talento que su felicidad. Pero nosotros, restos infortunados de un naufragio horroroso, no tenemos elementos para disfrutar de una calma tan perfecta. Nuestras ideas, nuestros espíritus han tomado un rumbo distinto. El hombre ha reemplazado entre nosotros al académico; despojando á las letras de lo que pueden tener de fútil, no las vemos sino á través de nuestros poderosos recuerdos y de la experiencia de nuestra adversidad. Qué, ¿despues de una revolucion que nos ha hecho recorrer en pocos años los acontecimientos de muchos siglos, se ha de prohibir al escritor toda consideracion elevada? ¿Se le rehusa-

rá examinar el lado imponente de las cosas? ¿Ha de pasar una vida frívola ocupándose de pequeños gramaticales, de las reglas del buen gusto, de las definiciones literarias? ¿No podrá presentar al fin de sus dias una frente surcada por sus largos trabajos, por sus profundos pensamientos, y muchas veces el expresivo dolor que aumenta el esplendor del hombre? ¿Qué importantes cuidados habrán encanecido sus cabellos? Las penas miserables del amor propio y los pueriles juegos de la imaginacion.

«Seguramente, señores, que esto sería tratarnos con un inmerecido desprecio: en cuanto á mí, yo no puedo desconceptuarme de ese modo, ni reducirme al estado de la infancia en la edad de la fuerza y de la razon. No puedo encerrarme en ese estrecho círculo que se pretende trazar alrededor del escritor. Por ejemplo, si yo quisiera hacer el elogio del literato, del cortesano que preside esta asamblea, ¿creéis por ventura que me contentaría con alabar en él ese espíritu francés, ligero é ingenioso que ha recibido de su madre, y del que ofrece aquí entre nosotros tan acabado modelo? Sin duda que no; desearia ademas hacer brillar en todo su esplendor el hermoso nombre que tiene. Citaria al duque de Bufflers, que hizo levantar á los austriacos el bloqueo de Génova. Hablaria del mariscal su padre, de ese gobernador que disputó á los enemigos de la Francia las fortificaciones de Lille y consoló con esta memorable defensa la desgraciada vejez de un gran rey. De este compañero de Turenna es de quien decia Mad. de Maintenon: «En él ha muerto el corazón lo primero.» En fin, me extenderia hasta ese Luis de Bufflers, llamado el Robusto, que demostraba en los combates el valor y la fuerza de Hércules; de este modo tendria en las dos extremidades de esta familia la fuerza y la delicadeza, el caballero y el trovador. Se pretende que los franceses son hijos de Héctor: yo creeria mas bien que descienden de Aquiles, porque manejan como este héroe la espada y la lira.

«Si fuese mi objeto, señores, hablaros del célebre poeta que cantó la naturaleza con una voz tan sonora, ¿creéis que me limitaría á hacerlos expresar la admirable flexibilidad de un talento que supo presentar con un mérito igual las bellezas correctas de Virgilio y las bellezas incorrectas de Milton? No: yo os presentaria tambien á ese poeta, compañero inseparable de compatriotas, siguiéndolos con su lira hasta las riberas extrañas, cantando sus dolores para consolarlos: desherrados ilustres, en medio de aquella multitud de desterrados de que yo formaba parte. Verdad es que su edad y sus achaques, sus talentos y su gloria, no le habrian puesto al abrigo de las persecuciones en su patria. Querian hacerle comprar la paz con versos indignos de su musa, y su musa no pudo cantar mas que la espantosa inmortalidad del crimen y la dulce inmortalidad de la virtud.

Tranquilizaos, vosotros sois inmortales.

«Si, finalmente, señores, pretendiera hablaros de un amigo querido, de uno de esos amigos que segun Ciceron hacen mas brillante la prosperidad y el infortunio mas ligero, encomiaría la finura y la pureza de su buen gusto, la escogida elegancia de su prosa, la belleza, la fuerza, la armonía de sus versos, que, formados sobre los grandes modelos, se distinguen sin embargo por un carácter de originalidad; encomiaría ese talento superior que jamás conoció las trabas de la envidia, ese talento que se complacia en las glorias de los demás y no en la suya propia, ese talento que despues de diez años admira todo cuanto puede honrarme, con la sencilla y profunda alegría conocida solamente por los mas nobles corazones y por la amistad mas pura. Empero no pasaria en silencio la parte política de mi amigo: le presentaria á la cabeza de uno de los primeros cuerpos del Estado, pronunciando esos discursos que son obras maestras de decoro, de

gracia y de nobleza. Le representaria sacrificando la dulce compañía de las musas á ocupaciones que sin duda no tendrían atractivos si no se entregara uno á ellas en la esperanza de educar hijos capaces de seguir un dia las gloriosas huellas de sus padres y de evitar nuestros errores.

«Al hablar de los hombres eminentes que componen esta asamblea, no podria menos de considerarlos bajo el punto de vista moral y social. Uno de ellos se distingue entre vosotros por un talento fino, delicado y prudente; por una cortesania, hoy dia tan rara, y sobre todo por la constancia mas laudable en sus opiniones moderadas. Otro ha encontrado bajo los hielos de la edad todo el calor de la juventud, para defender la causa de la desgracia. Esté, historiador elegante y delicado poeta, se nos presenta mas digno aun de respeto por el recuerdo de un padre y de un hijo mutilados en el servicio de la patria. Aquel devolviendo el oído á los sordos y la palabra á los mudos, nos recuerda los milagros del culto evangélico al cual se ha consagrado. ¿No hay entre vosotros, señores, testigos de vuestros antiguos triunfos que puedan contar al digno heredero del canciller de Aguesseau cómo fue aplaudido en otro tiempo el nombre de su abuelo en esta asamblea? Paso á los hijos favoritos de las nueve hermanas, y veo al venerable autor del *Edipo* retirado á la soledad, y á Sófoles olvidando en Colonia la gloria que le llama á Atenas. ¡Cuánto debemos amar á los otros hijos de Melpómene, que tanto nos han interesado en la desgracia de nuestros padres! Todos los corazones franceses han temblado de nuevo al presentimiento de la muerte de Enrique IV. La musa trágica ha restablecido el honor de aquellos esforzados paladines bajamente calumniados por la historia y noblemente vengados por uno de nuestros modernos Eurípides.

«Descendiendo á los sucesores de Anacreonte, no podian menos de hacer alto en el hombre tierno que semejante al anciano de Teos, entona despues de quince lustros los amorosos cánticos con que hacia resonar sus quince años. Iré, señores, á buscar vuestro nombre sobre esos tempestuosos mares que guardaba en otro tiempo el gigante Adamastor, y que se han apaciguado con los nombres encantadores de Eleonora y de Virginia. *Tibi rident equora*.

«¡Ay, demasiados talentos ha habido entre nosotros, errantes y expatriados! ¿No ha cantado la poesía en armoniosos versos el arte de Neptuno, ese arte fatal que la trasportó á lejanas playas? ¿Y la elocuencia francesa, despues de haber defendido el Estado y el altar, no se retira tambien como á su manantial, á la patria de San Ambrosio? ¿Que no pudiera colocar yo aquí á todos los miembros de esta asamblea, en un cuadro en que la adulacion no cambiase los colores! Porque si cierto es que la envidia oscurece á veces las eminentes cualidades de los literatos, es mas cierto aun que esta clase de hombres se distingue por sus elevados sentimientos, por sus desinteresadas virtudes, por el odio á la opresion, por la abnegacion de la amistad y por la fidelidad para con la desgracia. De esta manera, señores, es como yo deseo considerar un objeto por todas sus caras, y como pretendo dar importancia á las letras, aplicándolas á las mas altas funciones de la moral, de la filosofía y de la historia. Con esta independencia de espíritu, preciso es que me abstenga de hablar de obras que es imposible examinar sin irritar las pasiones. Si hablara de la tragedia de Carlos IX, ¿cómo no habia de vindicar la memoria del cardenal de Lorena, y de discutir esta memorable leccion dada á los reyes? Cayo Graco, Calas, Enrique VIII, Fenelon, me ofrecerian en muchas partes esta misma alteracion de la historia para apoyar las mismas doctrinas. Si leo las *Sátiras*, encuentro sacrificados en ellas á hombres colocados en las primeras filas de esta asamblea; escritas sin embar-